

Destrucción del cuerpo: de la fantasía al acto

CARMEN LUCÍA DÍAZ L.

*Nuestro inconsciente mata incluso por pequeñeces;
como la vieja legislación ateniense de Dracón,
no conoce para los crímenes otro castigo que la muerte;
y hay en eso una cierta congruencia,
pues todo perjuicio proferido a nuestro yo omnipotente y
despótico
es, en el fondo, un crimen de "laesae mayestatis" [de lesa
majestad].
"De guerra y muerte. Temas de actualidad".
Sigmund Freud.*

*La bondad y la maldad nos resultan inabarcables,
porque suceden en nuestro propio corazón.
Son, indudablemente, el gran misterio.
"Entre el bien y el mal. La Resistencia".
Ernesto Sábato.*

LA TENDENCIA A LA DESTRUCCIÓN

A lo largo de la historia de la humanidad y en las diferentes creaciones culturales y sociales se ha reconocido la perennidad de la violencia, la tendencia del hombre a la destrucción y la repetición continua de actos que hablan de su carácter ominoso y de su crueldad hacia el prójimo. También se sabe de los intentos realizados por las sociedades buscando una regulación de esa tendencia con logros diversos, unos breves, otros más duraderos, según las circunstancias de la época y las características de esas regulaciones; condiciones que con seguridad introducen en el sujeto formas distintas de tramitar ese impulso a la destrucción que, como vínculo mortífero, lo une con él mismo, con el semejante y con la cultura. Freud ha conceptualizado ese impulso como "pulsión de muerte".

En la época actual se agigantan las contradicciones al respecto. Se hacen innumerables esfuerzos por dominar la vida, por ganarle a las enfermedades que la aniquilan; se lucha por su alta calidad, se extreman las medidas para su cuidado; se insta por la forma correcta de los cuerpos, privilegiando su buena imagen, tendiendo a preservarlos de tal modo que el hombre pueda encontrar la eterna juventud; se busca crear la vida, que se pueda engendrar al antojo del hombre, que éste pueda repetirse, en fin, surgen caminos diversos que en pro de la vida introducen la violencia en su forma de mandato voraz. De otro lado, se hacen más sofisticadas y poderosas las formas de destrucción, la vida se desvaloriza en extremo, cualquier cosa se vuelve motivo para eliminar al otro o para eliminarse a sí mismo. Se encuentra, además, la paradoja derivada de la búsqueda de vivir con extrema intensidad, sin límites, donde el desafío continuo a la muerte la convoca en forma incesante. Así, en el discurso actual la muerte se torna dominante.

Muchos conflictos se resuelven con la destrucción del otro, a veces también con la propia; varios ideales se conquistan con la muerte o el aniquilamiento de quien se interpone en el camino. Los ordenamientos culturales, sociales y jurídicos se muestran incapaces para ponerle coto a este fenómeno social que se instala cada vez con más fuerza y con artificios más efectivos.

El cuerpo entra a jugar un papel importante en esa violencia, en tanto ella se dirige hacia él, que es aquello que sostiene y representa al sujeto, convirtiéndose en objeto valioso por ser el blanco al que se apunta para ser destruido; al cuerpo se le daña, se le denigra, se le reduce a escombros, al desecho.

El tema de la destrucción del cuerpo acompaña, entonces, los sucesos de violencia de la vida cotidiana. Tales sucesos también aparecen en la fantasía, situándonos este asunto en un vasto campo de actos efectuados y de ficciones. En la gama desfilan los actos que de modo efectivo llevan a una destrucción paulatina o abrupta de los cuerpos y, por tanto, del semejante, destrozos de los que a diario somos testigos o a los que estamos expuestos bajo el imperio de la violencia y el encono de las guerras y las venganzas; también hacen presencia el sinnúmero de fantasías inconscientes y conscientes que se revelan en la clínica, en la literatura, en el arte o en los sucesos de la vida cotidiana sobre el daño al propio cuerpo, al del semejante o al cuerpo social, así como las que hablan de su aniquilamiento, aquellas que al ser actuadas producen la destrucción y la muerte.

Aunque en todo sujeto está presente esa dimensión mortífera, que como tendencia e intención apunta al daño del otro o a su propia destrucción, cada uno le da curso de modo particular. Podrá distinguirse en forma parcial ese camino elegido por el sujeto en los actos que produce y en las fantasías que comunica; reconocer su dimensión inconsciente permitirá captar en forma más explícita el modo como el sujeto está concernido al respecto.

Algo del sujeto se cifra también en las creaciones colectivas, en los actos otorgados a la cultura, producidos con el otro y para el otro, con intermediación de los códigos culturales, y que van conformando los vínculos sociales. El discurso¹ que regula esos vínculos y que impera en épocas particulares moldea las tendencias de los actos y de las fantasías que surgen, produciendo un lazo social peculiar.

Al señalar que en la actualidad lo mortífero y las consiguientes sendas de la destrucción se imponen, ubico esos modos de discurso que en esta época imperan y

En el presente texto se expone la tendencia del ser humano a la destrucción del cuerpo que en su extremo lleva a la muerte. Se reconoce una particularidad del discurso actual que en sus imperativos intensifican esta inclinación en su afán de explotar al hombre y a su goce y, por tanto, a su cuerpo. Se examinan diversos resortes que en el núcleo de la constitución subjetiva sostienen el empuje a la fragmentación corporal y a la muerte propia o del otro, buscando indagar por qué el blanco se sitúa en el cuerpo, constituyéndose éste simultáneamente en objeto valioso y en objeto para ser desechado. Se explora este asunto en relación con la fantasía y se ubica aquello comprometido en el acto. Se busca develar algunas de las razones y dinámicas psíquicas que dan cuenta del vínculo mortífero entre los hombres y de aquello que puede atenuarlo.

¹ El discurso es definido por Jacques Lacan "como una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra". Designa "cierto número de relaciones estables, en las que puede ciertamente inscribirse algo mucho más amplio, algo que va más lejos de las enunciaciões efectivas". Es decir, el discurso puede ser sin palabras y señala ciertas relaciones fundamentales que moldean nuestra conducta y nuestros actos al inscribirse en ellas. JACQUES LACAN, *El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1992, págs. 10-11.

organizan la relación con el semejante, predominando la explotación del hombre por el hombre. Señalo aquí “*explotar*” en las diferentes acepciones que toma este significante: explotar buscando extraer del semejante su máximo rendimiento, explotar para extraer su riqueza, su valor y su utilidad, explotar para sacar provecho propio y abusar del otro, explotar para llevar al extremo las posibilidades de goce y de satisfacción (inevitablemente ligadas al cuerpo), y por esas vías, explotar reventando los lazos (que por su debilidad, podría decirse, son hilos) que lo unen al otro y entonces, explotar, estallando su cuerpo, destruyéndolo.

Ese mandato social actual, como mandato mortífero, es coincidente con la tendencia inconsciente que el psicoanálisis descubre en el hombre: eliminar al otro por pequeñeces, dañarlo y hacerlo continuamente en la fantasía, ante todo cuando el otro se erige en rival, se interpone en los deseos o se constituye en origen de afrenta o de humillación para el sujeto. Se ve cómo algunos hacen efectivo el acto de destrucción mientras que otros encuentran caminos diferentes para darle curso a esa inclinación, llevando a que no todos los seres humanos maten y destruyan en esa carrera de la explotación, de la explosión y de la muerte. También las expresiones de la vida se resisten a la muerte; frente a los actos efectivos de muerte puede surgir la fantasía como una forma de defensa que abre la vía de la sublimación, aunque también la fantasía puede operar como una forma de incitación a la misma destrucción.

ENCACES Y RIFTURAS ENTRE EL SUJETO Y EL CUERPO, EL YO Y EL OTRO.

La complejidad de la estructuración del psiquismo humano, presente en el actuar del hombre frente al semejante y con él mismo, hace que entren en juego diversos componentes tanto en sus fantasías como en sus actos. Con respecto al tema de la destrucción y el aniquilamiento del cuerpo del otro, reconozco la necesidad de delimitar algunos conceptos explicativos del vínculo con el semejante por cuanto representan instancias constitutivas del psiquismo partícipes en las relaciones interhumanas.

Comienzo por revisar las particularidades que separan y conectan los conceptos *sujeto* y *cuerpo*. Parto de la afirmación de que no hay sujeto sin cuerpo: hablar de cuerpo supone al sujeto y su deseo. El cuerpo es el sostén material del sujeto en los diversos órdenes en tanto es la sede pulsional, otorga la imagen que representa al sujeto, y permite que se introduzcan sentidos sobre el cuerpo y el sujeto; además, el cuerpo soporta el nombre y la existencia del sujeto. Se podría decir que en ciertos ámbitos hay cuerpos sin que el sujeto sea muy explícito o defi-



© Les Songes drolatiques de Pantagruel, Paris B. N.

nido, por ejemplo, cuando se habla de cuerpo social o del cuerpo de la lengua. El del animal no es cuerpo en el sentido psicoanalítico, pues en él falta el sujeto.

El nexo entre el cuerpo y el sujeto conlleva una serie de oposiciones. La característica del *cuerpo* es la consistencia imaginaria, la cohesión y la unidad, aspectos que permiten superar su vivencia fragmentada que antecede al reconocimiento corporal, pues “las principales ilusiones de lo imaginario son las de totalidad, síntesis, autonomía, dualidad y sobre todo, semejanza”². El *sujeto*, en cambio, se fundamenta en su división y en su estructura escindida, en su contradicción; así, al sujeto le concierne la realización y el fracaso, el deseo, el sufrimiento y el goce. El sujeto está representado por el significante y eso lo sitúa de manera privilegiada en el orden simbólico, pero simultáneamente está aludido por él, es decir, el lenguaje lo representa y a la vez lo hace evanescente, ya que es el sujeto del inconsciente, el que enuncia en su decir su deseo y su goce al tiempo que los oculta. La dimensión subjetiva da cuenta de la falta estructural que constituye al ser humano.

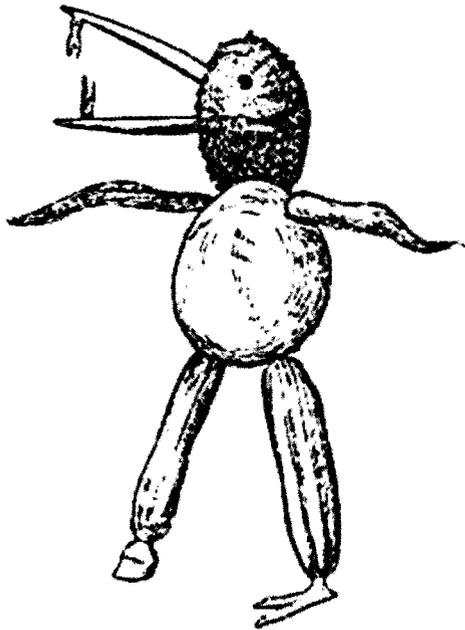
Con respecto al yo, éste aparece como una instancia en conexión directa con el cuerpo y en su continuidad se organiza cierta equivalencia; mutuamente se representan. El yo se construye a partir de la imagen del cuerpo y de las identificaciones sucesivas que se van logrando con los otros en la historia de cada uno, y como instancia imaginaria cumple funciones similares a las del cuerpo: de integración, de cohesión y de coherencia, con la ilusión de armonía y de autonomía. Además, el yo está ligado a la percepción, a la conciencia y a los mecanismos de defensa. Él se opone al sujeto y se hace objeto para él; representa la instancia que tiende al conocimiento del mundo objetivo y a la vez al desconocimiento de la verdad que detenta el sujeto. En su constitución narcisista se instaura de modo estructural la agresividad propia de la relación especular que establece con el otro; en esta relación germina a la vez el amor y la rivalidad, y con ésta los celos, las envidias, los odios. Entonces el yo, en su componente agresivo, es responsable, en parte, de esa tendencia a la destrucción del otro.

Hablar de otro, con “o” minúscula, implica al semejante en su estatuto de prójimo y por tanto se destaca en él el aspecto imaginario que aparece en la identificación, en el soporte de la imagen que el semejante le ofrece al sujeto al devolvérsela en espejo, también en el reconocimiento del sujeto por él otorgado. El otro se hace necesario porque, además de sostener y otorgar la imagen, gracias a él el sujeto

Destruction of the body: From fantasy to act

This article examines the tendency of human beings towards the destruction of the body culminating finally in death. A particularity of present day discourse is recognized in the fact that its imperatives intensify this inclination through its eagerness to exploit man and his jouissance and, therefore, his body. In search of the reason why the target is placed in the body, making it simultaneously an object of value and an object to be rid of, various mechanisms are examined in the nucleus of subjective constitution which maintain the drive towards bodily fragmentation and one's own death or that of another. This question is explored in relation to fantasy and that which is involved in the act is specified. We attempt to reveal some of the reasons and psychic dynamics that explain this deadly connexion between men and what may attenuate it.

² Cfr., DYLAN EVANS, *Diccionario introductorio de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1997.



■ La Ghul en un dibujo del siglo XIX.

constituye y consolida el deseo. En los vínculos humanos el otro es el apoyo, el protector, el compañero, el amado, el extraño, etc., que en la dialéctica intersubjetiva puede devenir en amo, en rival, o en enemigo, pues con su presencia se alojan las rebeldías o las sumisiones, los obstáculos frente a los apetitos, las frustraciones, las afrentas narcisistas, los abusos, los juegos de prestigio, de dominación y de poder, y frente a los objetos que constituyen el mundo de goce del semejante se enquistan las envidias por los bienes y las exclusiones sobre éstos. Es la Ley simbólica, los códigos y los ordenamientos culturales que conforman la instancia llamada Otro (con "O" mayúscula), aquello que intenta mediar en la relación especular para regularla, y de esa forma apaciguar la lucha instalada entre los humanos. Esta dinámica, característica de la relación con el semejante, introduce el componente de ambivalencia, fuente de diversos conflictos.

Señalo la distinción de algunos componentes de la subjetividad para exponer lo complejo y lo problemático del encuentro interhumano. Deseo resaltar de modo sobresaliente cómo el ser humano aparece ante el semejante y ante él mismo: inaprensible e inabordable. Esto hace que no sea posible aprehenderse en su totalidad, pues hay algo de él que escapa al otro; allí, donde parece asírsele, lo que se atrapa es su cuerpo o parte de su imagen, de su yo, es decir, aquello que lo representa o que hace de semblante. Lo inaprensible tiene que ver justamente con lo que se ha esfumado de la imagen, del yo: el sujeto en toda su dimensión de deseo y de goce, eso que hace singular a cada uno y lo separa del otro, del semejante, creando su distinción. Puede decirse que la imagen del cuerpo o del yo taponan el vacío que caracteriza al sujeto velando su inconsistencia. Esto introduce un enigma para el otro y para el sujeto mismo, constituyéndose esa inaccesibilidad en motivo de malestar en el vínculo social y, por tanto, en otra de las razones para atizar la violencia en una época cuyo mandato imperante es adueñarse, dominar y explotar al prójimo y su goce.

El cuerpo, en la medida en que posee un sustrato material, se establece como blanco apropiado de esa búsqueda de dominio y de borramiento de límites al goce. El cuerpo del semejante, como medio de goce sexual y también de goce mortífero, es el que con preeminencia se explota; es sobre él que recaen las fantasías y los actos de uso y de abuso, de exceso, de destrucción y de muerte. Cuando el goce sexual de los cuerpos deja de constituirse en novedad y queda en el dominio de lo público, en la medida en que todo puede actuarse, verse y mostrarse, el misterio y el deseo se dirigen hacia la destrucción y la muerte. Además, en esa tendencia a la destrucción, el cuerpo es el objeto propicio debido a que en su constitución se debate entre la unidad y la fragmentación como una tensión de base.

¿Qué significa el cuerpo en el uso corriente de la lengua? En los diccionarios se hallan múltiples sentidos según los contextos de referencia, los cuales pueden organizarse en varios ejes: algunos relativos a una extensión limitada constituida por partes pero compacta y consistente en su unidad, otros aluden a la materia orgánica que conforma una estructura, a los sentidos que introducen la sensibilidad y a aquello que forma conjunto a partir de algo común integrando lo disperso. La significación de cuerpo remite, en últimas, a una entidad que, constituida por elementos diferentes y dividida en partes, está unificada por algo que comanda esa unidad, un rasgo, una insignia, un funcionamiento³.

La teoría psicoanalítica involucra algunas de estas significaciones cuando habla de cuerpo, pero introduce su especificidad radical. Comenzando, habrá que decir que el cuerpo va más allá del conjunto de órganos que constituye a un organismo vivo y de su funcionamiento. De esa forma, el cuerpo no se equipara con lo biológico, con la anatomía o con la fisiología; el cuerpo no es un organismo. Entonces, se parte de una distancia con lo orgánico; en eso hay una diferencia, por ejemplo, con la concepción que la biología tiene del cuerpo.

En la concepción del cuerpo, así como en su construcción lograda por un sujeto, interviene lo imaginario y lo simbólico, así como lo real⁴. Freud ya lo advierte al darle a la fantasía y al símbolo un lugar fundamental en el psiquismo humano. En el hombre el cuerpo se inaugura como tal cuando el organismo es atravesado por el lenguaje y la imagen. Lo real del cuerpo, esto es, en tanto “carne, entrañas palpitantes, cavidades, mucosas sacudidas y agitadas por energías orgánicas [...] sobrevendrá realidad únicamente si es hospedado, invadido, usurpado, violado por el lenguaje”⁵.

De esta forma, el psicoanálisis piensa al cuerpo como una construcción que es representada gracias a la intervención de lo simbólico. El cuerpo del animal, como totalidad orgánica cohesionada, constituye una unidad que, en su conjunto, carece de representación corporal para aquel que lo porta. La cohesión de los órganos no es suficiente para hacerse un cuerpo. En el animal su vivencia corporal depende de la parcialidad de sus satisfacciones.

Hacerse un cuerpo implica haber nacido sin él y es justamente lo que acontece con el humano. La constitución de un cuerpo exige, además de la carne y del mero conjunto de los órganos, de una imagen que lo sostenga y ella sólo es posible gracias a la

Destruction du corps: de la
fantaisie à l'acte

La tendance de l'être humain à la destruction du corps poussant in extremis à la mort est abordée. Ce penchant est intensifié par les impératifs du discours actuel, avide qu'il est de profiter de l'homme, de sa jouissance et donc de son corps. Plusieurs ressorts qui conduisent, au noyau de la constitution subjective, à la fragmentation corporelle et à la mort propre ou de l'autre sont examinés, en essayant de se demander pourquoi le corps fait mouche, ce qui le constitue en objet de valeur de même qu'en objet de déchet. Cette question est explorée par rapport à la fantaisie et ce qui est engagé dans l'acte est établi. On cherche à dévoiler les raisons et dynamiques psychiques du lien mortifère entre les hommes et de ce qui pourrait l'atténuer.

³ *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, Madrid, Espasa Calpe, 1996.

⁴ Categorías que introduce Jacques Lacan señalando que la realidad humana se constituye a partir del anudamiento logrado en lo psíquico de esas tres dimensiones (real, simbólico e imaginario) que representan campos diferentes de la experiencia.

⁵ MIRTA BICECI, *El cuerpo y el lenguaje*, en NÉSTOR BRAUNSTEIN (Comp.), *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, México, Ediciones de la Fundación, 1992, pág. 276.

intrusión significativa que viene del Otro. La unidad en el ser humano es introducida por el significante, por el lenguaje. El lenguaje, “es un cuerpo que da cuerpo”⁶, es el organizador de la imagen. Esa imagen corporal, en principio externa al sujeto, reconocida en el Otro, es otorgada por el semejante con su presencia y con su palabra y el sujeto la hace propia al identificarse con esa imagen.

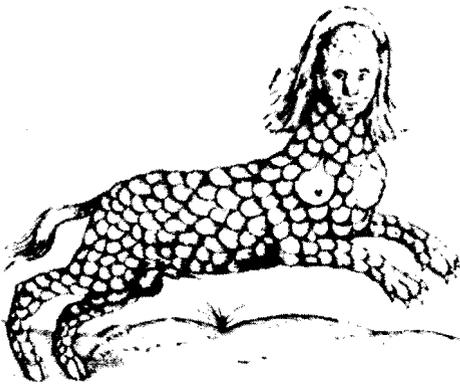
El cuerpo es, entonces, la conjunción del organismo, del significante y de la imagen. El organismo participa como un real al cual se ligan la pulsión y el goce; el significante, por excelencia simbólico, hace que la imagen se llene de sentidos y que el instinto se transforme en pulsión anudada a un acontecimiento de lenguaje; la imagen, que constituye el registro de lo imaginario, introduce la forma organizadora. Así, el cuerpo se forma en el núcleo de la construcción subjetiva con el consiguiente *anudamiento de la pulsión y del goce, del lenguaje y de la imagen*. La destrucción del cuerpo se da cuando se desorganiza alguno de estos ejes.

Al desglosar este nudo podría decirse que la *dimensión pulsional* del cuerpo se entiende como el conjunto de esas fuerzas constantes provenientes de su interior que, al ser afectadas por el lenguaje, pierden su naturaleza biológica o de instinto, convirtiéndose en un montaje gramatical que organiza la demanda del sujeto. La demanda se instaura en la búsqueda de la satisfacción pulsional. Las pulsiones en sus dos vertientes (sexual y mortífera) se ligan al goce en su tendencia a la satisfacción y a la repetición.

El enlace del cuerpo con la pulsión le imprime su característica básica: el cuerpo humano como cuerpo pulsional, como cuerpo de goce sexual y mortífero es, como tal, un cuerpo que tiende a la fragmentación. Dos razones sostienen esa tendencia: la primera se refiere a que la pulsión despedaza al cuerpo porque ésta es ante todo parcial, su satisfacción es fragmentaria, aun cuando en la búsqueda de la satisfacción se tienda a la plenitud y a la totalidad. Esta tendencia de plenitud, derivada en el exceso, sitúa a la vez al cuerpo en la línea de la desintegración; este es el efecto del carácter mortífero de la pulsión, convirtiéndose en una razón más de la tendencia a la fragmentación del cuerpo. Proceso que actúa fundamentalmente en forma muda, como lo hace la pulsión de muerte.

Este punto de la fragmentación del cuerpo, derivado de su carácter pulsional, ya sea por la satisfacción parcial de la pulsión, ya sea por la cualidad desintegradora de la pulsión de muerte o de lo mortífero de la pulsión, es clave para reconocer cómo aquí se sitúan y se engendran unas de las semillas que empujan al sujeto a la autodestrucción o a la destrucción del cuerpo.

Por otra parte, el cuerpo exige un anudamiento que va más allá de lo pulsional. *La dimensión de la imagen* con respecto al cuerpo contrarresta esa precariedad frag-



‡ La Lamia como la veían los zoólogos del seiscientos.

⁶ COLETTE SOLER, *El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan*, en *Traducciones*, Medellín, Fundación Freudiana de Medellín, 1988, pág. 15.

mentaria causada por el cuerpo pulsional al permitir la asunción y el sostenimiento de una imagen total, unificada y sólida, imagen narcisista otorgada por el otro y que exige para su constitución y permanencia del reconocimiento y del amor del semejante. Además de la satisfacción pulsional, esta dimensión de la imagen introduce al sujeto y a su cuerpo en el campo del narcisismo, del amor a sí mismo, del amor por otro y del amor demandado al otro. Empero, con el amor se introducen también sus correlatos: el odio, cuando el amor es negado o el yo es ofendido. En el apartado del yo ya he señalado el campo de la rivalidad y la lucha por el prestigio que con él se fundan.

Entonces, la organización de la imagen corporal a partir del semejante, a la vez que permite la constitución de un campo fortificado, el campo del yo, introduce otros gérmenes de la autodestrucción o de la destrucción al otro por la perenne fragilidad a la que queda expuesto ese yo o esa imagen frente al semejante. El quedar expuesto al arbitrio del Otro, o ante el peligro de caer frente a su goce, produce una gama inconmensurable de fantasías o de actos que se tornan defensivos o de ataque según cada sujeto y según las fantasías generadas o los hechos presentados.

Además, en el fundamento de lo imaginario y en la aprehensión de lo real, es *el significante el que introduce la unidad* y, así mismo, la posibilidad de perderla. La fragmentación amenaza al deshacerse los significantes y los sentidos que dan consistencia a la imagen del cuerpo y al yo, y al incorporar saberes del encuentro con el otro que pueden aterrorizar al sujeto cuando están referidos a la desintegración del cuerpo, a su desmembramiento o descomposición, a la enfermedad, a los daños propios o que llegan de otros. En últimas, se trata de verdades que hablan de peligros sobre el cuerpo, de la vida y de la muerte, de la violencia que puede ejercer un sujeto sobre sí mismo o de la violencia de otros.

Esta dimensión simbólica, ligada al significante del Otro, posee otros efectos en el sujeto al hacerse íntima a él: constituye su superyó. Los imperativos de ley, de orden y de límite que promulga también poseen una faz de terror por la tiranía que conllevan. Esta dimensión horrorífica del superyó instaura el masoquismo hacia el sujeto y la agresión y el sadismo hacia el semejante, instituyéndose como una nueva fuente que interviene en la tendencia a la destrucción del cuerpo.

De este modo, en el origen mismo de la construcción del cuerpo y en la naturaleza de la constitución subjetiva se gestan peligros que amenazan continuamente la unidad corporal lograda y que sostienen la tendencia a la destrucción y al daño del cuerpo. Esos peligros acechan tanto desde la condición misma del sujeto en su estructura como desde el exterior que se hace íntimo a él al participar en la



■ El dios del fuego Agni.

organización de la misma estructura. Las amenazas devienen de varias fuentes que operan en conjunción o privilegiándose alguna, ya para sí mismo o para el semejante: de su carácter pulsional y de goce (intervención de la pulsión en lo real), del talante yoico (con la rivalidad imaginaria y narcisista) y de la naturaleza del superyó en su calidad mortífera (como dimensión simbólica que se torna real en su repetición). Es decir, el cuerpo en su anudamiento borromeo puede destruirse al apuntar a algunos de los elementos que constituyen el nudo y, a la vez, la tendencia a la destrucción deriva de la estructura subjetiva, también anudada en los registros que constituyen la realidad psíquica.

Aparece otro flanco muy importante que desde la exterioridad social se instaura como elemento determinante en ese empuje a la destrucción del cuerpo, es el discurso imperante que, como discurso amo, sin palabras o conducido por el lenguaje, ordena formas de lazo social y permite que se funden ideales, que se promulguen prohibiciones (así sea la de no prohibir) y modos de goce. Interviene en la organización de la subjetividad al trazar vías para el moldeamiento del yo y del superyó, así como para la incitación pulsional.

El despliegue de las amenazas y de las defensas se reconoce en las fantasías y en los actos.



* Los kynokephaloi, población mítica de cabeza de perro.

LA DESTRUCCIÓN DEL CUERPO SOCIAL

En lo social también hablamos de cuerpo como metáfora del cuerpo de un sujeto por cuanto la vida social posee instancias e instituciones que constituyen unidad y organización. Realmente, en el cuerpo social, algo más que la pura metáfora justifica esa denominación: es el aspecto metonímico con respecto al sujeto en su relación de pertenencia y de parte-todo del colectivo social. Esa metonimia del cuerpo del sujeto con el cuerpo social hace que algunas de las características del sujeto y de su cuerpo se sitúen allí, seguramente no una a una en una grosera correspondencia, pero sí en una relación de inclusión y de identificación que se expone en la colectividad. Es decir, el colectivo, en tanto cuerpo, implica la vivencia imaginaria de unidad que permite ese uno entre todos, a pesar de las diferencias individuales, y está también confrontada a la amenaza de fragmentación; incluye la dimensión simbólica de los ordenamientos y de lo mortífero del lazo que hace cuerpo. El goce y la pulsión, tan singulares y subjetivos, introducen la cuota particular del sujeto incluido en ese cuerpo social con efectos de identificación, ante todo por el discurso y el lenguaje que colectivizan y ordenan formas de goce. La imagen de un cuerpo social, en la que juega un papel fundamental la identificación, es vivida sólo desde el sujeto.

La destrucción del cuerpo social también puede lograrse atacando los mismos elementos que lo constituyen. Así, el cuerpo social puede atacarse destruyendo sus símbolos (lengua, leyes, religión, ideales, íconos, etc.) o su imagen de unidad (honra, fortaleza, solidaridad, cohesión, etc.). Arremeter contra estos elementos lo deja expuesto al resquebrajamiento de su unidad y de su potencia que sólo puede ser sostenida por ellos. También, claro está, un cuerpo social se destruye exterminando en lo real a sus pobladores, ya sea porque son aniquilados, ya sea por su dispersión cuando son obligados a huir masivamente.

DE LA FANTASÍA Y LA DESTRUCCIÓN DEL CUERPO

La fantasía nos adentra en un terreno complejo, no solamente por su inconmensurable riqueza en las producciones humanas sino porque el concepto tiene diversas acepciones para el psicoanálisis. La fantasía se relaciona con la representación y el pensamiento que, en sus orígenes y en los procesos inconscientes, es alucinatorio y busca la realización de vivencias satisfactorias anteriores; sobre este mecanismo se instaura el deseo. La fantasía abarca la representación de imágenes, figuras y escenificaciones que dan cuerpo a la fantasmagoría originaria con sus ímagos fundantes, referidas a las construcciones realizadas por el sujeto en su relación con los objetos iniciales y que le permiten organizar el fantasma⁷ como ficción fundamental enlazada a la dramatización de los deseos inconscientes.

Además de las fantasías inconscientes surgen las fantasías conscientes o ensoñaciones diurnas, eso que Freud llama el fantasear despierto, en las que entra en tensión la realización del deseo y el juicio consciente y de realidad. A la vez, las ensoñaciones diurnas, así como las fantasías inconscientes, alimentan todas las producciones humanas que contienen como elemento central la dimensión de la fantasía, privilegiándose entre ellas las obras literarias, que a su vez nutren otras formas de expresión del arte como el teatro en sus diversas formas y el cine. La pintura, la escultura y la danza encuentran también allí su soporte, así como las diversas actividades lúdicas, destacándose entre éstas el juego y el chiste. De modo más amplio se incluye toda actividad creadora, y en esa serie entra el trabajo cuando cumple con esa condición.

En el campo de la fantasía, ante todo de la fantasía inconsciente, se incluyen aquellas que están en la base de las formaciones inconscientes, principalmente en los sueños, los síntomas y los actos fallidos.

La importancia que toma la fantasía en el sujeto permite afirmar que gran parte de su realidad, su realidad psíquica, determinada por lo inconsciente, es una realidad de ficción⁸. Al señalarlo de otro modo puede decirse que el ser



■ Kūrma, encarnación de Vishnu en forma de tortuga.

⁷ Este concepto (fantasma) tiene una significación precisa en la teoría psicoanalítica denotando aquella fantasía fundamental, no porque aparezca primero, sino por su calidad estructurante que enmarca y determina las relaciones que el sujeto establece con su objeto; relaciones que se constituyen en paradigma de las formas de dirigirse a los distintos objetos a lo largo de la vida. Aparece como una escenificación coagulada, estructurante y protectora, que introduce a la vez la castración y su defensa frente a ella. Con respecto al fantasma surge el interrogante de si éste se puede situar propiamente como fantasía; lo que sí puede afirmarse es que el fantasma organiza las distintas producciones de la fantasía de cada sujeto.

⁸ Una ficción construida por el sujeto en la que se despliega su fantasma.

humano se relaciona con lo “objetivo”, con los objetos de su mundo, desde su realidad psíquica, que es una realidad atravesada por la ficción.

Con respecto al tema que trato, la destrucción del cuerpo, que en extremo puede llegar al aniquilamiento del semejante, a su muerte, se encuentra en el campo de la fantasía una vasta gama de producciones que involucran la cuestión. Se observa, por ejemplo en los juegos de los niños, algo prevalente: matar al otro o hacerse el muerto, dominando el primero; también dañar su cuerpo. A lo largo de la vida del sujeto aparecen sueños, algunos repetitivos, otros novedosos, en los que se da muerte al otro o a sí mismo o se atenta contra el cuerpo; en el sueño no necesariamente es explícita la escena en la que el sujeto es el victimario, pero en tanto él es quien sueña y produce el sueño, es responsable de las acciones que en él acontecen.

Por otra parte, se encuentran en la clínica y en la vida corriente síntomas importantes en los que está implicado el temor o el deseo de causar daño al otro o a su cuerpo y, a la vez, la defensa contra ello. El síntoma es justamente el efecto del encuentro de tendencias opuestas, originándose una solución de compromiso frente a ellas. En ocasiones, de manera explícita, la fantasía de matar o de dañar al semejante o de hacerlo contra sí, se constituye en el síntoma por el cual se consulta; se pide ayuda por el temor a que ésta tome la fuerza necesaria para pasar al acto.

En los estados desrealizantes o en general en los delirios, la fragmentación del cuerpo ocupa un lugar importante; no reconocer el propio rostro o percibir separados los miembros o la cabeza del cuerpo, son fantasías que, entre otras, pueden presentarse; también el tema del daño al cuerpo, de dar muerte o la persecución a muerte de parte de otro, situándose el sujeto como víctima. En esos casos, durante el delirio, aunque las ideas surgen de la fantasía, el sujeto no las reconoce como tales, sino que las vive con la convicción de la certeza y con una fuerza vital incomparable.

Se observa también el goce que produce en algunos dejarse llevar por el despliegue de estas fantasías destructivas, a veces apareciendo dominantes en su ensoñación diurna, sin que por ello el sujeto haya llevado al acto esas acciones imaginadas. En este aspecto, he encontrado en mi actividad clínica algo particular que surge y que puedo reconocer a fuerza de la repetición con que se presenta. El hallazgo tiene que ver con el tema que atañe a este artículo y a cierta forma que toman las fantasías de destrucción en los hombres y en las mujeres encontrando, sin proponérmelo, una diferencia. Las fantasías de los hombres conciernen más al daño directo sobre lo real cuerpo, sobre la carne, la piel o las entrañas, con el respectivo despedazamiento, violación o muerte. En las mujeres, en cambio, remite a aspectos más imaginarios o simbólicos, al daño de la imagen, de la honra, de la reputación, buscando la humilla-



‡ El Agathodaemon en una gema gnóstica.

ción o la desvalorización del otro, y si se dirige a la carne misma, se busca dejar al otro en la impotencia física, no propiamente desaparecerlo. Posiblemente esto no puede generalizarse, y menos aún en una época en que las diferencias entre lo femenino y lo masculino, entre los hombres y las mujeres, tienden a borrarse cada vez más; más propiamente podría decirse que lo femenino se ha masculinizado. Lo que sí se advierte en el transcurrir de la historia y en un gran número de culturas es que el hombre ha estado más cerca de los actos de muerte y de guerra que la mujer, pero también se reconoce la tendencia de las mujeres a involucrarse más en esos actos, observándose con cierta frecuencia más sevicia en ellas. Sobre este punto quedan muchos interrogantes por resolver y hallazgos por contrastar o corroborar.

En todo lo que tiene que ver con las diversas formas de arte y de literatura, y en general con la actividad creadora, se encuentran muchos ejemplos en los que el tema es la destrucción del cuerpo o causar la muerte al semejante, explayándose y recreándose la imaginación de modo más radical en la literatura y en el arte conectado con ella, como el teatro y el cine. Las artes escénicas, principalmente el cine (por la crudeza con la que puede presentarse la imagen), y también las artes plásticas, al ser realizadas para atraer la mirada del espectador, introducen elementos que le dan más consistencia a la fantasía.

En el lenguaje de las relaciones cotidianas, con reiteración y en ambientes muy diversos, surgen expresiones relativas a esta temática, ya para proferir la sentencia frente al otro por una acción reprobatoria o para señalar el propio temor por algo realizado en discordancia. Dan cuenta de lo anterior frases como: “si digo esto, soy hombre muerto”, “si sabe aquello que hice, me mata”, “ni que lo sepa porque me desbarata”, “si lo tuviera al frente lo descuartizaría”, “que no se deje ver porque si me lo encuentro le rompo la cara” ... etc. La letanía es extensa, y aunque generalmente estas manifestaciones se quedan a nivel verbal, exponiendo su intención agresiva señalan al cuerpo como objeto a ser dañado, indican la proclividad del hombre a realizarlo en la fantasía y su saber sobre esta inclinación propia y del otro.

Con miras de olvidar a alguien indigno del amor profesado o, por alguna razón, dañino o imposible, se desea darle muerte en lo imaginario, se le busca “enterrar”, *echar tierra* , como a los cadáveres, *echar por tierra* , como una forma de desecharlo, de colocarlo en el lugar de objeto de desecho, de ensuciarlo o de enlodarlo para hacerlo caer del pedestal que implica la idealización, o de interponer terreno, distancia y separación en busca de sepultar en las “profundidades” de la represión al otro y al sentimiento hacia él, ceremonial imaginario o simbólico no siempre bien logrado.

¿Qué razones podrán sostener tan amplio espectro? Esa amplitud habla de la riqueza de la expresión humana. Ya explicité algunos de los motivos que podrían dar cuenta de la insistencia en la fantasía del tema de la destrucción del cuerpo y del aniquilamiento al semejante: aquellos que derivan de la constitución subjetiva y del discurso en su aspecto mortífero. Ahora quiero señalar aquellos que de cierto modo tienen que ver con la denuncia del sujeto de la fragilidad del cuerpo y de sí mismo, también del otro, de su vulnerabilidad, reconocido ésto en la intimidad del ser o en los hechos cotidianos al enfrentar el saber de tantos destrozos y muertes. Buscando su dominio se recrea la realidad que concierne al misterio de la muerte y de la vida en su inermidad, se plasman los temores o los acontecimientos referidos a la capacidad destructiva del hombre, pues sabemos que la fantasía es una forma de defensa y la defensa se da hacia lo que proviene del sujeto mismo o del otro, y más ampliamente, del exterior.

Además de las fantasías que se sitúan del lado de la denuncia, aparecen aquellas que involucran ataques que conllevan la defensa o el deseo de dominio para salir victorioso en la lucha agresiva establecida con el otro, con todos sus correlatos de rivalidad o de odio. También surgen las fantasías directas de daño al cuerpo causadas por el amor en su dimensión devoradora, por el anhelo de poseer al otro para sí, de apropiarse de algo suyo valioso, de su misterio, de eso que el otro no da porque no puede o no desea, emergiendo en la demanda del sujeto y por tanto en sus representaciones,



Weltchronik de Schedel.

la voracidad insaciable que expropia y paraliza al otro, lucha que se libra mediatizada por el cuerpo. Florecen también las fantasías originadas por la envidia y los celos; la primera tendiente a dañar lo valioso del otro que le es negado al sujeto, obstaculizando así el goce del prójimo, y la segunda para impedir que eso rehusado para sí sea ofrecido a un tercero. Demandando apoderarse del otro, de su goce, se actúa adueñándose de su cuerpo. La dimensión predominante de la relación con el cuerpo y con el otro que genera este tipo de fantasmagoría es la imaginaria.

Si lo único atrapable del otro es su cuerpo, puesto que su deseo, su goce y parte de su subjetividad se escapan, las acciones se dirigen a aquél. En el discurso moderno, al tratar de extirpar los límites, esclarecer y controlar los misterios y las oscuridades, se expone la imagen y al extremo se exhiben los cuerpos y los actos en su crudeza, creándose la ilusión de dominar al sujeto al dominar su cuerpo; una expresión de poder es sumirlo en la impotencia. La tortura o el maltrato al cuerpo se realizan para apropiarse de sus secretos, para castigarlo por un acto de insubordinación o para doblegarlo sumisamente en la obediencia de quien se proclama amo por tener transitoria o definitivamente el poder.

El goce generado en el espectro de fantasías sobre el daño, destrucción o muerte del cuerpo, depende de cada sujeto, también de las razones que lo llevan a construirlas. No obstante, puede encontrarse un elemento común en ese campo fantasmagórico: la posición del sujeto frente a su fantasía. Él, siendo o no participe de la escena, protagonista o no en su teatro privado, de todos modos es espectador, y como tal, la imagen y la mirada juegan un papel predominante y, en su fundamento, la pulsión escópica. Éste, como muchos otros puntos planteados a lo largo del texto, quedan esbozados para seguir siendo desarrollados.

Deseo señalar otro punto importante que será uno de los principales responsables para que *de la fantasía se pase al acto*. Es el *nexo que pueden tener estas fantasías con la imposibilidad de separarse del otro*, de tomar distancia de él, más allá del odio, de la envidia, de las rivalidades, de las humillaciones narcisistas sentidas o del amor devorador, más allá de la denuncia y de la búsqueda de dominio sobre la fragilidad del cuerpo o sobre los actos de violencia vividos. Sabemos que la muerte y la desaparición están en la base de lo simbólico, del símbolo, y en su dimensión de presencia-ausencia, de aparición-desaparición, tienden a la separación necesaria del sujeto con el otro para que cada uno encuentre su espacio y de esa forma pueda situarse en cierta comodidad y pacificación frente al otro, pudiéndose distanciar de su deseo, de su demanda y de su goce. El no aniquilamiento de la presencia omnipotente del otro sume al sujeto en un estado de puro objeto, objeto de desecho.

El acto y el Otro

Otra cosa puede decirse cuando de la fantasía se pasa al acto. He planteado en el apartado anterior cierta paradoja encontrada en el mundo fantasmático. Aun cuando en la fantasía se daña al otro y a su cuerpo y hasta se le mata, las fantasías surgidas se erigen como defensas y contenciones a la posibilidad de actuar el daño, como denuncias de la existencia del vínculo mortífero con el otro y de su inermidad frente al otro y a la naturaleza. En su exceso, insistencia o imposibilidad de ser tramitada, la fantasía puede llevar a la incitación y a ser actuada. El acto puede empero surgir en forma repentina sin que necesariamente se haya alimentado paulatinamente una fantasía.

El acto en psicoanálisis difiere de la pura acción motriz, la implica, pero no es suficiente, exige que ese movimiento se encuadre en una estructura de decir, que se le signifique. El inconsciente está asociado al acto al definírsele como “memoria en acto”⁹ para señalar el carácter de repetición que se encuentra en el funcionamiento inconsciente y, a la vez, para decir de su anclaje con el pasado, un pasado que se hace presente en el acto sintomático, en el acto fallido, en el *lapsus*, en el sueño, en la transferencia, en fin, en las diversas formaciones inconscientes que conforman justamente sus actos.

También el *acting out* y el *pasaje al acto* aparecen en el horizonte de los actos. El primero, el *acting out*, se presenta como un acto extraño e inexplicable para el sujeto y se produce para hacer un llamado al Otro¹⁰ o enviarle un mensaje cifrado en la imposibilidad de hacerlo con la palabra; se hace para el Otro al que se sitúa como espectador; su contexto privilegiado es el trabajo psicoanalítico y ocurre cuando el sujeto se enfrenta a una interpretación inadecuada de parte del analista, o cuando sobre algo importante que está hablando no se siente escuchado. El *pasaje al acto* se origina cuando el sujeto, confrontado con el deseo del Otro¹¹, se reconoce frente a él como la nada en su valor de sujeto, aspecto que lo hace sentirse identificado al objeto de desecho, “rechazado, 'deyectado' fuera de la escena... Sólo el dejar caer o el dejarse caer puede realizarlo”¹². El pasaje al acto no conlleva la dimensión de mensaje al otro, no requiere de espectador, sencillamente, ante la angustia producida por lo leído en el Otro, con el acto se le deja fuera de la situación, con el acto impulsivo la destitución se produce en lo real; aquí se ubican algunos intentos, logrados o no, de suicidio o de homicidio.

Al acto, en psicoanálisis, se le imprime el carácter de responsabilidad subjetiva, en tanto hay un deseo inconsciente que lo soporta y es un deseo del sujeto. Un acto introduce en el sujeto un antes y un después porque conlleva una ruptura con lo anterior, no lo deja inerme, implica realizar una transgresión¹³. Un verdadero acto



⁹ JUAN DAVID NASIO, *La paradoja del inconsciente*, en *La voz y la interpretación*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987, pág. 31.

¹⁰ Aquí, a ese Otro aunque refiere a un semejante, se le ha escrito con “O” mayúscula por aquello que representa. No es un prójimo cualquiera; es Otro fundamental para el sujeto, a quien se le dirige el amor, situándolo como *parteneire* simbólico e imaginario, y quien puede llegar a devenir en amo.

¹¹ Cfr., nota núm. 10.

¹² JACQUES LACAN, *Seminario 10, La angustia*, 1962-1963, CD, Obras de Lacan, pág. 88.

¹³ Cfr., JACQUES ALAIN MILLER, *Jacques Lacan: Anotaciones sobre su concepto de paso al acto*, en *El hilo de Ariadna*, Medellín, ACFC, 1997.



■ Grabado en madera de una edición del Livre de Mélusine.
Bibl. De Arts décoratifs, Paris.

exige que el sujeto asuma en toda su dimensión la responsabilidad por su acto y, por tanto, por su deseo; entonces, el acto se liga a la función ética. Lacan reconoce en el suicidio el acto por excelencia, no aquel realizado ante la angustia, como pasaje al acto, sino aquel asumido con toda la intencionalidad consciente e inconsciente¹⁴. “Todo acto verdadero, en el sentido propuesto por Lacan es así, digámoslo, un “suicidio del sujeto”, puesto entre comillas para indicar que él puede renacer, pero renace diferentemente”¹⁵. Por eso el acto también se relaciona con la muerte y con la destrucción, en tanto destitución de una situación anterior. Así, por esta vía, los caminos referidos a los actos se ramifican, encontrándose los actos de destrucción propia o del otro y los actos sublimatorios referidos al carácter creador de la pulsión de muerte, ya que para crear algo nuevo hay que hacer una ruptura, destruir lo existente.

También todo acto implica, de modo importante, al goce. Quien apunta en el acto al daño en lo real del cuerpo, a su tortura y, en el extremo, a su muerte, introduce un exceso, un goce ilimitado por el sujeto mismo, ya por su imposibilidad de detenerlo en un momento crítico, por el deseo de no atender a los diques que lo contienen o por la sumisión a un mandato del semejante y del Otro que permea los propios límites del sujeto. Me explico. Algo incontrollable acaece cuando de modo repentino el acto sobrecoge al sujeto; por ejemplo, en un asesinato motivado por un momento de pasión desbordada en donde el sujeto queda interrogado y expuesto al rechazo del Otro, es ante esto que responde al matar, destituyendo al otro en lo real; la situación no opera de la misma forma cuando se trata del acto ejecutado con sevicia y premeditación, de un perverso, por ejemplo; en ambas circunstancias el goce está justamente en la transgresión del límite, pero de diversa forma. Cuando el acto surge siendo autorizado por el Otro, como en un grito de guerra, interviene el sujeto con su goce transgresor, aunque éste es atenuado por la mediación del colectivo dejándosele la responsabilidad al Otro en tanto líder, causa o ideal, a pesar de ser la ocasión en que la violencia se exalta y los destrozos del cuerpo se acrecientan. El sujeto, de todas formas, está implicado allí y ese goce que busca ser regulado por los ideales y por el discurso, paradójicamente, es exacerbado por éstos, pudiendo devenir en el goce por la destrucción misma.

Distinta es la postura de quien realiza una obra escrita o cinematográfica de destrozamiento del otro o de muerte, de aquel que realiza una masacre en lo real como obra. Para cada uno su acto y su goce es distinto. En el primero no hay un daño en lo real, en el segundo se opera sobre lo imaginario y lo simbólico pero ante todo sobre lo real del otro. El paso al acto de lo fantaseado implica una ruptura del dique protector para que la fantasía sea actuada, por eso se habla de infracción.

¹⁴ Cfr., DYLAN EVANS, *op. cit.*, 1997.

¹⁵ JACQUES ALAIN MILLER, *op. cit.*, pág. 12.

En los diferentes actos de daño al cuerpo y que se extreman con la muerte se trasciende lo imaginario; infracción soportada en una pérdida de la dimensión reguladora de lo simbólico, en su vertiente pacificante. Se exagera lo mortífero que desde los diversos flancos actúa en el sujeto; los vuelvo a señalar: desde la pulsión, desde su agresividad narcisista, su superyó con su rostro masoquista o sádico y la participación incitadora del discurso o del Otro.

En esos actos de destrucción o daño al cuerpo el sujeto queda relegado a la pura condición de objeto, de objeto que es dañado para que el poder del victimario pueda exaltarse. En los actos de barbarie la deshumanización llega al extremo; el sujeto no puede ser reconocido ni en su diferencia ni en su igualdad. Para el victimario aceptar la diferencia conlleva afirmar la castración del otro y por tanto la propia, operación imposible de realizar, pues de lograrlo, esa asunción limitaría su omnipotencia y le exigiría reducir esos actos de crueldad, que en muchos casos no se detienen en dar muerte al otro, sino que se hace necesaria la tortura anterior a la misma muerte y luego el despedazamiento o la profanación del cadáver. Tampoco es posible asentir en su igualdad; ésta implicaría elementos de identificación rescatando su carácter de humano, haciendo devenir la compasión y la piedad.

Milmaniene, en referencia al holocausto provocado por los nazis, dice: “Buscaban además consumir el exterminio con la máxima asepsia emocional, casi como si los perseguidos fueran en efecto las supuestas bacterias peligrosas que había necesariamente que erradicar del tejido social para evitar que lo contaminaran con la impureza racial y con los discursos de la disidencia”¹⁶. Puede decirse que, de una u otra forma, esto está presente en los diversos exterminios humanos.

Esos actos de terror no sólo van dirigidos a las víctimas, a su subjetividad y a su cuerpo, aunque en ocasiones éstas tienen nombre propio, por ejemplo cuando con lista en mano se les busca, se les amenaza y se efectúa la masacre, sino que también apuntan a que se conviertan en actos ejemplarizantes para quienes en su horror son testigos con su mirada, su escucha o su saber. Con ello el victimario desea afirmar su dominio y también aniquilar al otro, ya no destruyendo su cuerpo, sino su palabra, su deseo y su presencia.

“En el corazón de todo acto hay un ino!, un no proferido hacia el Otro”¹⁷, dice Miller. Al asumir esta afirmación en sus variadas lecturas puede decirse que un acto de violencia, de destrucción o daño contra el sujeto y su cuerpo ocurre cuando no puede aparecer la palabra que limita al semejante, cuando no puede surgir ese ino!, ya por imposibilidad del sujeto, ya porque el Otro no lo permite, o cuando existiendo esa palabra que reduce el poder del Otro sobre el sujeto no es escuchada y, entonces, no logra operar en función de la separación del sujeto frente al Otro. Es



¹⁶ JOSÉ E. MILMANIENE, *El holocausto: Una lectura psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós, 1996, pág. 49.

¹⁷ JACQUES ALAIN MILLER, *op. cit.*, pág. 13.

decir, cuando por la vía simbólica se pierden los efectos de la potencia de la palabra para limitar el goce del Otro y para impedir que el sujeto sea tomado por él como objeto, surge el acto violento como una forma de separación, como una forma de dar muerte al Otro por la vía de los actos. Con el acto violento se produce una separación en lo real incluyendo los cuerpos, a cambio de la separación que debe darse en el plano de lo simbólico; plano en el que separarse del Otro es propinar su muerte, pero su muerte simbólica, paso necesario para que un sujeto pueda desplegar su propio deseo, sabiéndose, a la vez, perteneciente a un conglomerado social y, por tanto, no rompiendo el lazo que lo une al

semejante y al colectivo. Esto se hace necesario para que una sociedad sea viable y pueda limitar los actos que llevan a su destrucción con el aniquilamiento de los hombres entre sí.

Si el acto es un grito de separación, si es un *ino!* proferido al Otro e involucra la dimensión de la muerte, también el acto creativo puede cumplir esa función, y a diferencia del acto aniquilante, permite al sujeto y al semejante continuar en la vida, a veces acompañados.

El acto violento traza un sendero de doble vía; incluye de modo recíproco aunque no simétrico, tanto a quien se adjudica el poder y el dominio que busca sostener con un acto sin renunciar a éstos, no renunciar a ellos, como a quien encontrándose en el lugar del dominado o en peligro se defiende en legítima defensa atacando para impedir el exceso del Otro. Interjuego de ataques y defensas en el que deben entrar a mediar los pactos, contando con su límite, con esa tendencia del hombre a la destrucción que no sirve al vínculo social armónico e interviene creando malestar social. Cuando los pactos no operan, contra un exceso emerge otro exceso y de ello da cuenta nuestra violencia con que ella lo acarrea de muerte y de destrucción entre hermanos



¶ Picasso. *Minotauro con yegua muerta*. 1936

BIBLIOGRAFÍA

- BICECI, Mirta, *El cuerpo y el lenguaje*, en Braunstein, Néstor (Comp.), *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, México, Ediciones de la Fundación, 1992.
- EVANS, Dylan, *Diccionario introductorio de psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- FREUD, Sigmund, *De guerra y muerte: Temas de actualidad* (1915), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XIV, 1978.
- _____, *El creador literario y el fantaseo* (1908), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. IX, 1978.
- _____, *El malestar en la cultura* (1930), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XXI, 1978.
- _____, *Introducción al narcisismo* (1910), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XII, 1978.
- _____, *Lo ominoso* (1919), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XVII, 1978.
- _____, *Más allá del principio del placer* (1920), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. XVIII, 1978.
- _____, *¿Por qué la guerra?* (1933), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, XXII, 1978.
- _____, *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, VII, 1978.
- LACAN, Jacques, *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 1989.
- _____, *La agresividad en psicoanálisis*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 1989.

- _____, *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1989.
- _____, *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1992.
- _____, *El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1986.
- _____, *La tercera*, en CONTÉ, Claude y OTROS, *Actas de la Escuela Freudiana de París*, Barcelona, Petrel, 1980.
- _____, *Seminario 10, La angustia, 1962-1963*, Inédito.
- _____, *Seminario R.S.I.*, Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- LE GAUFÉY, Guy, *A propósito de la realidad de la fantasía*, en *Stylus: Revista de Psicoanálisis*, núm. 3, Cali, Universidad del Valle, 1991.
- MENARD, David, *El cuerpo, una cuestión crítica para el psicoanálisis*, en AUGÉ, M. y OTROS, *El objeto en psicoanálisis: El fetiche, el cuerpo, el niño, la ciencia*, Buenos Aires, Gedisa, 1987.
- MILMANIENE, José, *El holocausto: Una lectura psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- MILLER, Jacques Alain, *Jacques Lacan: Anotaciones sobre su concepto de paso al acto*, en *El hilo de Ariadna*, Medellín, ACFC, 1997.
- NASIO, Juan David, *La paradoja del inconsciente*, en *La voz y la interpretación*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.
- _____, *Los gritos del cuerpo*, Buenos Aires, Paidós, 1977.
- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, Madrid, Espasa Calpe, 1996.
- SOLER, Colette, *El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan*, en *Traducciones*, Medellín, Fundación Freudiana de Medellín, 1988.
- VEGH, Isidoro, *El prójimo: Enlaces y desenlaces del goce*, Buenos Aires, Paidós, 2001.